



¡Vaya chapuza!

- ¿Chapuza?

Porque me he armado de valor y le he enseñado, por fin, y un poco más optimista gracias a los ánimos que el señor Ramírez me ha infundido, mis pequeños progresos.

- ¡Pero si es la verdad!

Y nos enzarzamos en una discusión tal vez acalorada planteándonos qué es la verdad; cuánto o a quién importa la verdad; cuáles son los valores estratégicos o artísticos de la verdad; hasta dónde se puede llegar esgrimiendo tales o cuales verdades...

No logramos llegar a un acuerdo ¹ y nos disponemos a separarnos, un poco cabizbajos.

Ya hemos terminado el último sorbo de las consumiciones y estamos recogiendo las pocas cosas que hemos puesto hoy sobre la mesa.

Él dice entonces “¡Joder, no tengas tanta prisa! Anda, tómate otra”.

Y bebemos en silencio sin que suceda nada, sin que ninguno de los dos encontremos la palabra mágica que logre romper el hielo hasta que, transcurridas un par

¹ Sin que logre yo saber si en nuestras respectivas obstinaciones — el uno argumentando que la verdad es lo más importante en la vida, la esencia y la razón última de todos los actos humanos y, el otro, protestando que la verdad es estúpida, y pobre y plana, y que pretendiendo ir siempre con la verdad por delante no existiría ninguna posibilidad de libertad ni tendrían cabida en el ser humano ni la fantasía, ni la imaginación, ni ninguna de las capacidades necesarias para cualquier manifestación del arte, y que lo único que se conseguiría sería ir dando disgustos a diestro y siniestro y a todo el mundo porque la verdad duele — estamos siendo del todo sinceros, absolutamente veraces el uno y el otro o si, por el contrario, estaremos defendiendo arteramente posiciones irreconciliables que a saber si no estarán encubriendo, en uno, una lastimosa incompetencia a la hora de crear una situación nueva y distinta que no se haya dado previamente en el mundo real y, en otro, una completa ineptitud de saber enfrentar la vida, tirar para adelante, si no es a base de argucias y patrañas y mentiras.

¡Vaya chapuza!

de horas², se acerca la camarera y me dice que lo siente, pero que es hora de cerrar.

Yo lo lamento; no que sea hora de cerrar — porque la verdad es que me duele bastante la cabeza y entiendo que me vendrá bien irme a casa y, atendiendo a los consejos de mi madre, tomarme una aspirina y meterme en la cama — sino porque, estratégicamente, o artísticamente, me habría venido mejor que dijera cualquier otra cosa³ que me diese pie a entablar conversación, más cuando el local había estado toda la tarde prácticamente vacío⁴, y preguntarle “¿a usted que le parece?”.

Ella, entonces y a muy poquita buena voluntad que le echase, habría podido aportar su punto de vista y darme su opinión sobre si me haría más juego que la chapuza fuese el cielo y el infierno — que no estaría siendo ningún disparate porque, eso era cierto, me había salido algo torcido — o el hecho, intrascendente tal vez, de sacar a relucir la edad del chico, tan espabilado *pero y qué*, o la circunstancia obvia en un principio de que el abuelo fuese mudo o yo fuera huérfano.

Luego, ya en la calle, me vino a la cabeza que en lo concerniente al tema de la verdad y tantas consideraciones en torno a ella como pudieran hacerse no habíamos entrado; y estuve por regresar.

Pero no regresé.

Y aquí vuelve a asaltarme la duda porque no sé si lo hice — o no lo hice, o si sería más adecuado *desistí* — porque ella había echado ya el cierre, o porque era una mujer francamente antipática, o porque ya tenía yo bastante emborrionados los papeles y bastante

² Que a lo mejor es mucho, pero yo qué sé.

³ Como por ejemplo que si quiero otro café, que es algo que suelen decir las camareras cuando a instancias del escritor que les da vida se muestran dispuestas a colaborar.

⁴ Y ella silenciosa, tras el mostrador, hojeando seguro una de esas revistas tontas.

¡Vaya chapuza!

ensombrecido el ánimo a causa de la mudez — tan irreflexiva e innecesaria y que tan culpable me hacía sentir — del pobre señor Ramírez como para seguir enredando.

Continuará...

(Escribí)

...“y que sea lo que Dios quiera”.

Me dije, resignado a mi triste suerte.

Pero ya fuese porque Dios no tuviera a bien intervenir o porque se desencadenara una guerra o una tormenta, o porque sufriera yo uno de esos estúpidos accidentes domésticos que lo mantienen a uno alejado contra su voluntad de la vida cotidiana y del mundo en el que sabe desenvolverse, o porque — puestos a desbarrar, porque cuando uno se ve arrancado de su realidad de forma tan brusca, violenta e inhumana como lo es un bombardeo su consciencia sufre alteraciones que resulta imposible predecir ni controlar — y pese a lo mucho que Ramírez encomiase tanto las dotes culinarias de su joven esposa como lo enormemente amable y lo muy cordial que era viniese a resultar que la comida de aquel día consistiera en unas latas de judías con chorizo que envió a comprar la señora de Ramírez (madre) a uno de los chiquillos a la tienda de la esquina y la señora de Ramírez (hijo) estuviera a años luz de ser una pizca de amable ni cordial y ni siquiera guapa, lo cierto vino a ser que contra todo pronóstico⁵ no continué y que él —

⁵ Y a pesar de que no hiciese (ella) su aparición en el hogar hasta bien avanzada ya la tarde sin acertar por cierto, a ni medio hilvanar dubitativa y balbuciente (con tantísimo juego como a eso, habiendo yo sabido jugar las cartas que llevaba — pero creo que ya he dicho que de mus no tengo ni idea —, se le hubiese podido sacar) una explicación coherente que tranquilizase al afligido esposo que, demudado y tembloroso deambulando sin rumbo por la pequeña habitación y elevando la voz y los ojos al cielo, se obstinaba en darla por secuestrada o quién sabe si muerta y, besando en la frente al menor de los hijos, se dolía vencido por el dolor, deshecho en lágrimas...

– ¡Ya es suficiente! — se encaró, autoritario, el mayor de los chavales con el padre conminándolo, la vista fija en las palabras

¡Vaya chapuza!

cuando le comenté que no sabía elegir entre si porque Dios no tuviera a bien intervenir, o por lo de la guerra o la tormenta o (aunque el argumento era muy endeble, desde luego, porque en mi apartamento tan funcional y tan pequeño y sin ni un huevo que freír, porque yo no cocino, donde lo más que me puede pasar es que me haga a lo mejor un chichón porque me dé sin darme cuenta con el borde del calentador lo del accidente no ofrecía muy buenas trazas de colar) una inundación con el agua hasta la cintura por lo menos —, muy displicente y arrugando el hocico, rechazó todas las posibilidades diciendo que lo mejor iba a ser lo de desbarrar porque “cuando uno se ve arrancado de su realidad de forma tan brusca, violenta e inhumana” y todo lo demás “su consciencia sufre alteraciones que resulta imposible predecir ni controlar” le parecía, de entre todas las razones, la que más difícil le resultaría a nadie llegado el caso refutar.

– Sí — objeté —; pero es que ahí va, repásalo si quieres, un bombardeo...

– Ah — él. Y que pues entonces casi no porque eso quedaba muy en “la línea belicista — dijo — que terminamos de descartar”.

– Pues por eso — yo —; y más cuando además — abundé — si me cargo eso nos estaremos quedando sin pretexto para justificar lo de las judías, por ejemplo...

que las manos del abuelo ejecutaban a gran velocidad y en tono contundente, a no continuar pronunciando tamaña sarta de disparatados desatinos.

Acto seguido el anciano se sentó de nuevo en su butaca y continuó mirando la televisión y el chico, muy educado, solicitó permiso de sus mayores para regresar a la esquina de la mesa donde se hallaba enfrascado en sus deberes.

– Es que, este hijo mío — explicó, y quise entender que por salvar la situación algo tensa a que había dado lugar la incongruente perorata de Ramírez, la madre de mi anfitrión —, no sé qué le pasa que a veces se desborda, se embala, tira por la tremenda sin querer ni siquiera atender a que las cosas suelen ser menos dramáticas, más sencillas... Y, así — agregó, dedicándole una mirada de soslayo, sin dejar de cabecear —, de un tirón y sin tomarse ni un respiro, que se lo tengo dicho “un día te vas a atragantar”...

¡Vaya chapuza!

Y que pues entonces, concluye, no continúe por culpa de la camarera.

- ¿La camarera? – le digo.

- Sí – alzando él un poco un hombro como queriendo decir que por qué no.

- Pues – yo – porque culpa de qué.

Me contesta que porque no había echado el cierre, o porque era muy simpática o, porque como no tenía bastante emborrionados los papeles⁶, me podía convenir incorporar un nuevo personaje que diera caña metiendo el moco.

- ¿Y qué caña va a poder dar?

- Tú déjala estar – me dice – y no te pongas nervioso.

(Continuará)⁷

⁶ “Que no sabes tú – me advirtió, aunque por entonces pensé que lo hacía nada más por asustarme y como en broma – la de papeles que tiene que emborrionar un escritor que medio se precie”.

⁷ *Però tuvo que esperar cuatro meses porque, cuando volvió – le contó a su amigo –, una chica que había muy mona pero tan nueva que le temblaban mucho las bandejas y le dio cortedad involucrarla en tanto lío como él se traía, le dijo que la suya, su camarera de siempre, había tenido un niño y estaba de baja por maternidad. Circunstancia, por cierto, que le vino lo suficientemente mal como para que su ánimo, ya bastante ensombrecido etcétera – del que su amigo, quizá porque leyera por encima o deprisa, podía haber la posibilidad de que no se hubiera percatado pero también la de que le importase un rábano –, se oscureciese más (sí cabía) y pudiera, así, ser una posibilidad más entre las posibilidades a tener en cuenta para entregarse no tenía él ni medio claro todavía si a una tragedia o a un sainete.*